



Capítulo 473: Cada segundo, más fuerza.

El aire del bosque nunca volvió a ser el mismo después de ese rugido.

Con cada segundo que pasaba, la presión invisible que envolvía el claro se volvía más asfixiante, como si el mundo entero contuviera la respiración ante lo que estaba sucediendo.

Pasaron horas... o días. El tiempo había perdido su forma.

Virgilio ya no sabía si era de mañana o de noche—todo era una sucesión de golpes, sangre y carne.



La vaca demoníaca, que alguna vez fue poco más que una bestia instintiva, ahora era un muro viviente de músculo y energía, un faro de poder puro que atraía la atención de todos lados.

Virgilio, Yamato siempre en la mano, la atacó sin piedad. Cada golpe no tenía como objetivo matarla, sino obligar a su cuerpo a responder. Y así fue. Siempre.

Con cada herida abierta, cortaba un trozo, le infundía energía demoníaca y lo metía en la boca de la criatura.

Y ella comió. Siempre comía.

El ciclo se repitió como una oración macabra.



Cortar. Carne. Sangre. Energía. Crecimiento.

Al principio, el suelo sólo estaba marcado por unas pocas grietas.

Ahora, los cráteres se abrían con cada paso de la vaca, y sus pezuñas quemaban la tierra con fuego negro. El calor era insopportable e incluso el aire parecía vibrar como metal a punto de romperse.

La carne se estaba acabando.

Y fue entonces cuando vinieron los demás.

El olor de la carne demoníaca —un aroma espeso, dulce y venenoso— se extendió por el bosque como una invitación. Los depredadores respondieron.

Las sombras entre los árboles comenzaron a moverse. Múltiples ojos brillaban en la oscuridad.

Surgieron criaturas retorcidas por el infierno, primero una o dos... luego docenas.

El primero en aparecer fue un lobo demoníaco con huesos y mandíbulas expuestas capaz de aplastar rocas. Vergil no perdió el tiempo.

Un solo corte de Yamato separó la cabeza del cuerpo, y antes de que la sangre pudiera enfriarse, estaba cortando la carne y arrojándosela a la vaca.

Se lo comió y sus músculos se hincharon, pulsando como si respirara.



Vinieron más.

Un pájaro con cuatro alas y un pico hecho de paloma de metal negro del cielo.
Virgilio lo recibió con un golpe vertical que partió su cuerpo en dos.

Más carne. Más energía. Más crecimiento.

Titania observó desde lejos, sin atreverse a acercarse. Con cada ciclo, el poder que sentía tanto de Vergil como de la vaca era tan denso que la asfixiaba.

Zuri, sobre su hombro, ya no hizo comentarios. Ella simplemente observó cómo alguien que observa un desastre inevitable.

"Vamos..." murmuró Virgilio, con el sudor corriendo por su rostro, la respiración agitada, pero los ojos ardiendo de euforia. "Más fuerte... necesitas hacerte más fuerte."



El tiempo se disolvió en una secuencia interminable de enfrentamientos. Las criaturas venían de todas direcciones: felinos con espinas de obsidiana, gusanos que se arrastraban bajo la tierra, criaturas informe que gritaban como niños.

Todos murieron. Todos se convirtieron en carne.

Todos alimentaron a la vaca.

El claro se convirtió en un cementerio humeante. Huesos derretidos, sangre hirviendo y pedazos de monstruos carbonizados cubrían el suelo.



El olor era sofocante, pero para Vergil era embriagador.

La vaca ya no cabía en el espacio que tenían. Sus cuernos eran como lanzas en llamas y cada respiración hacía vibrar el aire. Sus ojos, una vez salvajes, ahora tenían una claridad cruel— y veía a Virgilio como un igual.

"Ahora lo entiendes..." dijo, casi en un susurro reverente. "Ambos nacimos para esto."

La carne realmente se estaba acabando. La última pieza que quedaba estaba en manos de Rize, quien la observaba como si sostuviera un diamante raro.

"Si terminamos esto, la caza se intensificará", dijo con una fina sonrisa. "Vendrán en masa."

"Bien," respondió Virgilio, con la voz casi ronca. "Entonces vamos a cazar."

La última pieza fue entregada. La vaca tragó y su piel se abrió en fisuras de las que escapó la luz. De él se filtraba energía como vapor de un volcán a punto de explotar.

Fue en ese momento cuando la tierra tembló.

Éstos no fueron los pasos de uno o dos depredadores. Era una horda.

El bosque se abrió en todas direcciones, revelando docenas —quizás cientos— de criaturas demoníacas atraídas por el olor y la asfixiante presencia de esa energía.



Virgilio sonrió.

"Acum, da."

Comenzó la masacre.

Se movía como una sombra cortante, perforando cuerpos, arrancando pedazos con precisión quirúrgica. Cada criatura que caía alimentaba a la vaca, que devoraba la carne con voracidad sin fondo.

Y con cada nueva comida, ella crecía, su aura ardía más brillante, sus patas crujían el suelo como si la tierra fuera demasiado frágil para sostenerla.

El cielo se oscureció. No de las nubes, sino de la densidad de la energía acumulada.

El bosque ya no era un bosque. Era un campo de batalla, donde la vegetación se pudría instantáneamente con el toque de energía demoníaca.

Las criaturas que previamente habían venido a atacar comenzaron a retirarse. Pero Virgilio no los dejó. Él los cazó. Los arrastró de regreso. Los mató y se los dio de comer a la vaca. Era un círculo vicioso que se alimentaba de sí mismo, y el brillo en los ojos de Virgilio demostraba que no tenía intención de detenerse.

"Más... más..." repitió, casi en trance.

Rize, que anteriormente había observado como un científico, ahora parecía fascinado por algo más profundo. "Ella ya no es sólo tu creación. Ella es parte de ti."



Vergil no respondió.

En ese momento, ya no era un hombre que controlaba un monstruo. Era un monstruo que creaba a otro, y juntos eran una fuerza que la realidad se negaba a aceptar.

Cuando cayó la noche —si todavía era de noche— la vaca tenía el tamaño de una casa.

Su cuerpo era una pared de músculos y energía, y cada paso generaba ondas de choque que talaban árboles a kilómetros de distancia.

Virgilio, bañado en sangre demoníaca, respiró pesadamente, pero la sonrisa nunca abandonó su rostro.

Miró a la criatura, que ahora lo observaba con feroz reverencia.

"Mañana..." dijo, pasando su mano sobre su cuerno brillante, "...cazaremos algo más grande."

Y, en el silencio asfixiante que siguió, el sonido distante de algo mucho más colosal respondió.

Un poco detrás de Virgilio... Titania flotaba arriba, con las alas extendidas, observando la escena como si contemplara un cuadro que nunca debió haber sido pintado.

"Él no se detendrá," dijo ella, con la voz baja, casi arrastrada por el viento.
"Yo... he visto a Vergil pelear antes. Pero esto..."



"No es pelea", interrumpió Zuri, sentado en una rama gruesa, mirando fijamente el claro. "Está dando a luz."

Titania giró la cabeza, confundida. "¿Dar a luz?"

Zuri sacudió su barbilla hacia la vaca, que en ese momento estaba tragando otro trozo de carne demoníaca y emitiendo un rugido tan profundo que hizo vibrar ambos huesos.

"Estás viendo algo equivocado. No se trata sólo de la criatura... se trata de él. Virgilio está dando a luz algo. Y no es sólo esta vaca", dijo Zuri, con los ojos estrechos, felina. "Está dando a luz una idea."

Titania frunció el ceño y observó cómo Vergil se subía a la espalda de la criatura para cortar un fragmento de cuerno que brillaba como lava. Se agachó, le infundió energía y... se la ofreció de vuelta.

La vaca comió sin dudarlo.

"Esto es una locura. ¿Para qué está alimentando a un monstruo? ¿Para demostrar que puede?" Titania preguntó.

Zuri dio una sonrisa irónica. "No. Está creando algo que nunca existió. No se trata de demostrar nada. Se trata de ser el primero. El único."